

CORREO DEL LIBRO # 2

22 JUNIO – 21 JULIO 2006

Estimados amigos(as)

Este es el segundo número de **Correo del Libro**, en este segundo numero hemos tratado de mantener la estructura del anterior adicionándole algunas secciones que creemos puedan ser de interés para los lectores.

Exhortamos a quienes comparten esta iniciativa, la hagan suya en todos los sentidos, particularmente:

- a) Haciendo aportes o criticas al mismo.
- b) Reenviando este correo a sus amigos o personas a quienes crean puedan interesarle, haciendo una copia para nuestra dirección correodellibro@casadellibro.com.ni para así agregarlo a nuestros archivo de futuros envíos.
- c) Participando activamente en las diferentes propuestas contenidas en este medio divulgativo del libro en Nicaragua (Por ejemplo intercambio y préstamo de libros; cine forum; campaña de solidaridad "**Prestame tu libro**").

Agradecidos

Educando / ICEL / Cámara Nicaragüense del libro / Casa del libro.

Sumario.

1. Publicaciones nuevas nicaragüense.
 2. Libros nicaragüenses interesantes pero de poca circulación.
 3. Comentarios a libros.
 4. Otras producciones bibliográficas del mundo hispano hablante.
 5. Paginas Web donde se pueda bajar información sobre libros y editoriales de Latinoamérica y España.
 6. Actividades en torno al mundo del libro.
 7. Un libro digitalizado para tu lectura.
 8. Curiosidades bibliográficas.
-

1. PUBLICACIONES NUEVAS NICARAGUENSES

Según reportes de la oficina del ISBN los nuevos libros que se han llegado a catalogar lo cual significa que ya están circulando o pronto circularan, son:

- ❖ **Metodología de la investigación científica : un enfoque integrador** / Piura López, Julio .-- PAVSA
- ❖ **El pensamiento contemporáneo** / Quezada, Freddy .-- Aurora Suárez Bonilla.
- ❖ **Dios, la Santísima Trinidad. El principio de la sabiduría.** -- 1 ed .--
❖ EMCOR
- ❖ **Carlos Fonseca - Obra fundamental.** -- Aldilá Editor.
- ❖ **"Construyendo un mundo de oportunidades" un proceso formativo con niños niñas y adolescentes de Samulali y Yasica Sur : 2002-2006** / Centro de Servicios Educativos en Salud y Medio Ambiente .-- Matagalpa
- ❖ **Procedimiento legislativo nicaragüense : el proceso de formación de la ley** / Valle González, Alfonso .-- Grupo Editorial Acento, S.A.,
- ❖ **Régimen jurídico de la inmunidad parlamentaria en Nicaragua** / Álvarez, Gabriel; López, Erika; Obando, Tatiana .-- Managua : Lea, Grupo Editorial S.A.
- ❖ **Investigación económica de la República de Panamá** / Roberts, George E.-- Fundación Uno,
- ❖ **Conservación de biodiversidad en el contexto de pobreza, avaricia e instituciones débiles** / Munk Ravnborg, Helle .--: Instituto de Investigación y Desarrollo Nitlapán-UCA,
- ❖ **Incentivos para estimular el manejo sostenible de los recursos naturales en las zonas de amortiguamiento de la Reserva Biológica Indio Maíz, El Castillo, Río San Juan,**/ Ruiz García, Alfredo .-- Instituto de Investigación y Desarrollo Nitlapán-UCA.
- ❖ **Responsabilidad social empresarial, economía popular y sociedad civil** / CIPRES. --: Centro para la Promoción, la Investigación y el Desarrollo Rural y Social.
- ❖ **Desafío para mejorar el acceso de pequeños productores al mercado : el caso del Triángulo Minero en la RAAN, Nicaragua** / Flores Cruz, Selmira; Mendoza, René .--: Instituto de Investigación y Desarrollo Nitlapán.
- ❖ **Recurso por inconstitucionalidad** / García Vilchez, Julio Ramón, Lea, Grupo Editorial S.A.

- ❖ **Audiencias previas al juicio en el proceso penal nicaragüense** / Aguilar García, Marvin .-- Corte Suprema de Justicia.
- ❖ **Código Civil de la República de Nicaragua.**--: Grupo Editorial Acento, S.A., 2 Vol.
- ❖ **Contratos civiles y mercantiles** / Guzmán García, Jairo José; Herrera Espinoza, Jesús Jusseth .-- : Jairo José Guzmán García.
- ❖ **Japón y Nicaragua : contribución a la historia de sus relaciones diplomáticas** / Juárez Rodríguez, Orient Bolívar .
- ❖ **Ubicación de expendios de alcohol respecto a colegios y templos religiosos según decretos 163 y 165** / Paguaga Herrera, Gladys Xiomara. -- León : Editorial Universitaria.
- ❖ **Una historia que merece ser contada : modernización institucional con equidad de género en la Policía Nacional de Nicaragua : 1996-2005** / Policía Nacional; Proyecto Promoción de Políticas de Género. GTZ .
- ❖ **La armonía de los tres tesoros : la mente, el cuerpo y el espíritu : el camino de la salud y el bienestar** / Lorío Arana, Amanda .-- HISPAMER.
- ❖ **El romanticismo en España : Antología.**-- Distribuidora Cultural.
- ❖ **Las máscaras del texto : proceso histórico y dominación cultural en Centroamérica** / Aguirre, Erick. -- 1 ed .-- Managua : Academia Nicaragüense de la Lengua.
- ❖ **Ismaelillo y los versos sencillos** / Marti, José. -- Distribuidora Cultural.
- ❖ **Cáscaras del tiempo** / Ramos Narváez, Sebastián.
- ❖ **Desnudo / Camas**, Henry .-- PAVSA.
- ❖ **Yo contra el ego centro de mi otro yo** / Carrasco, Juan A. .-- Juan A. Carrasco.
- ❖ **La Vorágine** / Rivera, Eustasio .-- Distribuidora Cultural.
- ❖ **Cuentos de Pancho Madrigal** / Gadea Mantilla, Fabio.
- ❖ **Electra 2001** / Abáunza Salinas, Ramiro .—PAVSA.
- ❖ **La desaparición de los dinosaurios** / Cortés Domínguez, Guillermo; Ilus. Orozco Porto, Eduardo (Lalo) .-- Editora de Arte, S.A.
- ❖ **La leyenda de la mariposa** / Valessi, Alfredo .-- Aldilá.
- ❖ **La niña Blanca y los pájaros sin pié** / Aguilar, Rosario. -- HISPAMER.

- ❖ **Sueños sudando lágrimas** / Lazo Balladares, Róger. -- Ediciones Volcanes y Lagos.
- ❖ **Entretejiendo sueños y luchas : la vida cotidiana de Alejandro Serrano Caldera** / Aldana Saraccini, Aura Violeta .-- Amerrisque.
- ❖ **Henrik Ibsen : el visionario de la nieve** / Comp. Bergman Padilla, Gilberto .— PAVSA.
- ❖ **La Habana, paraíso de mis recuerdos** / Martínez Duarte, Pedro Benito .-- Pedro Martínez.
- ❖ **A 150 años de la Batalla de San Jacinto** / Bautista Lara, Francisco Javier .— Lea.

Adicionalmente las pesquisas realizadas en algunas imprentas, hemos averiguado que han sido impresos los siguientes libros:

- ❖ **Sentimientos** -- Delfia Quezada
- ❖ **Nicaragua y el alivio de la pobreza** – Centro Quijote / Instituto Juan XXIII.
- ❖ **Octavo Censo de población y cuarto de vivienda** – INEC.
- ❖ **Previniendo los desastres** – Colección de varios libros educativos del SINAPRED.

2. LIBROS NICARAGÜENSES INTERESANTES PERO DE POCA CIRCULACIÓN.

El rejuvenecimiento humano:

Es un libro escrito por el pionero de la medicina naturista en Centroamérica, el Dr. José Rosendo Arguello Ramírez, ya fallecido. Curiosamente este libro alcanzó 9 ediciones en el exterior, fue traducido a dos idiomas pero nunca fue editado en Nicaragua.

AMERRISQUE lo tiene programado para ser reeditado en Nicaragua en los primeros días del mes de agosto.

Esta obra de una forma muy sencilla pero con un fundamento científico, narra en su parte histórica todas las corrientes que han habido en la humanidad en torno al rejuvenecimiento humano, exponiendo su autor, de forma especial las teorías naturistas que actualmente se aplican en torno a este proceso inevitable del cuerpo humano pero al cual se puede llegar de diferentes formas, es decir con una vejez digna y plena o bien con una serie de secuelas que los malos hábitos de alimentación y otro tipo dejan en el cuerpo humano.

Para la presentación de este libro en Nicaragua, se hará un coloquio entre las dos principales escuelas médicas entorno al rejuvenecimiento humano.

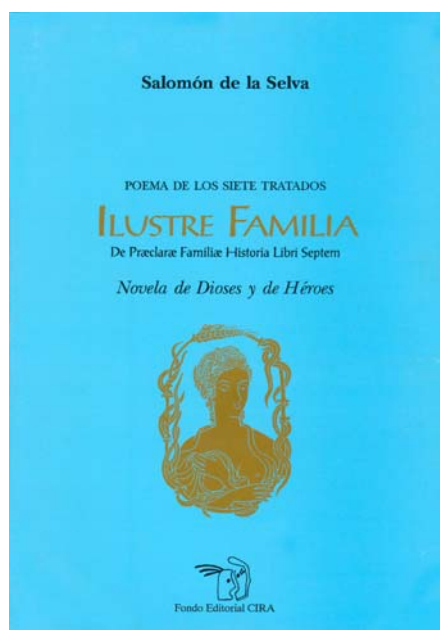
**POEMA DE LOS SIETE TRATADOS
ILUSTRE FAMILIA**

Novela de dioses y de héroes fue escrita por Salomón de la Selva (1893 – 1959) considerado uno de los mayores poetas de Latinoamérica. Su primera edición de mil ejemplares de lujo prenumerados se hizo en México en 1954, tres años después de haberla finalizada en San Luis Missouri el 25 de mayo de 1952.

Se reedito por primera vez en Nicaragua por el fondo editorial CIRA en 1998, cuya portada acompañamos en este correo.

La Ilustre familia es la estirpe de Elena de Troya presentada a través de siete capítulos sintetiza una basta labor investigativa de la cultura griega y su mitología.

Esta obra que contiene algunas ilustraciones de su edición príncipe se encuentra a disposición de los lectores en **Casa del Libro**.

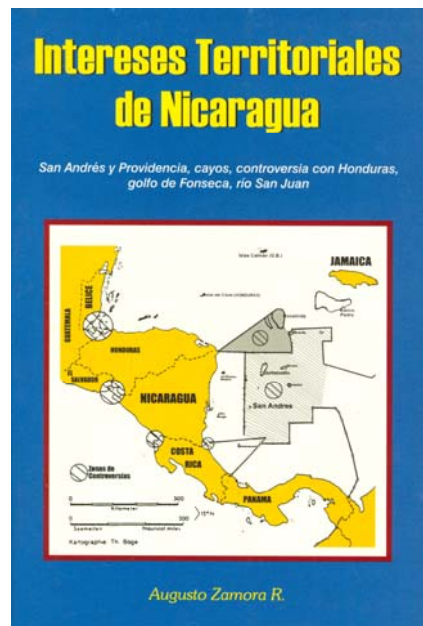


INTERESES TERRITORIALES DE NICARAGUA.

En mas de 550 páginas Augusto Zamora utilizando todos los materiales jurídicos e históricos, demuestra la legitimidad de Nicaragua en los conflictos aun subsistentes, que en materia limítrofe existen con Honduras, Costa Rica y Colombia.

Este libro de obligada lectura para los nicaragüenses nos da a conocer los antecedentes históricos y las fuentes que asisten a la Nación Nicaragüense sobre San Andrés y Providencia, los Cayos y la plataforma marítima que Colombia de una forma injusta se ha apropiado o pretende apropiarse. Así mismo nos da a conocer la

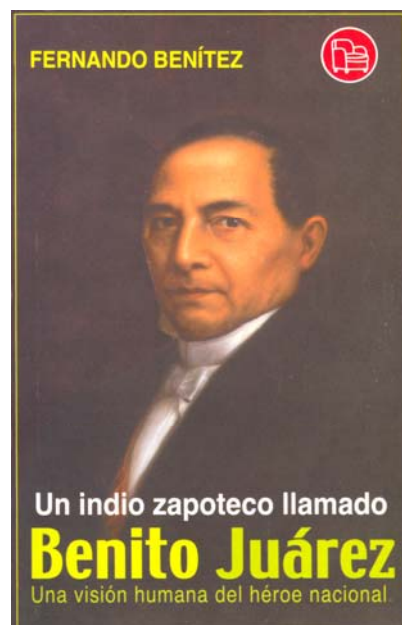
raíz del conflicto existente con Honduras acerca de la relimitación en el golfo de Fonseca y de forma prolija ubica los intereses Nicaragüenses sobre el Río San Juan y las absurdas pretensiones Costarricenses que a partir del Laudo Cleveland han querido extender.



3 COMENTARIOS A LIBROS

Recientemente el benemérito de las Américas Benito Juárez celebró el bicentenario de su nacimiento, lo cual fue motivo del lanzamiento de diversos libros sobre este personaje fundador de la República Mexicana.

Presentamos a continuación un pequeño ensayo sobre este benemérito de las Américas y recomendamos la lectura de **Un indio zapoteco llamado Benito Juárez**, que entre otras obras sobre este personaje se encuentra en **Casa del Libro**.



Tomado del diario La Jornada de México y para un aproximación a este personaje central de las Américas, transcribimos un artículo que aborda a este personaje desde diferentes ángulos.

Juárez revisitado

Las representaciones del Benemérito según Monsiváis
Jesús Ramírez Cuevas (Tomado del diario la jornada, México).

Estadista, héroe, demonio, indio, personaje glorificado, ateo o creyente laico, Benito Juárez es sobre todo un personaje vivo en el presente, de principio porque sin su influencia histórica "el Estado que conocemos sería algo muy distinto y se habrían perdido décadas y esfuerzos de generaciones en separar a la Secretaría de Desarrollo Social de la advocación del Santo Niño de Atocha".

Carlos Monsiváis desmenuza aquí al Juárez homenajeado y vilipendiado. El cronista es, además, un tozudo coleccionista de los objetos que representan al oaxaqueño (de fotos de época a obras de Francisco Toledo, que ilustran parte de este número). El cuadro lo completan un repaso a vuelo de pájaro del ideario juarista y de la relación del presidente Juárez con sus críticos.

Juárez, el forjador del Estado mexicano. Ninguna persona, por extraordinaria que sea, forja un Estado nación. La idea misma de forjar es inaplicable. Dicho esto, y garantizada la humildad de las contribuciones personales, sin Benito Juárez el Estado que conocemos sería algo muy distinto y se habrían perdido décadas y esfuerzos de generaciones en separar a la Secretaría de Desarrollo Social de la advocación del Santo Niño de Atocha, que puede ser muy milagroso pero que por alguna razón no figura en el organigrama.



Juárez como piloto del Escuadrón 201, obra de Francisco Toledo

Juárez, el estadista.

Lo es sin duda, en el sentido de alguien que en su razonamiento esencial incluye en primer término el Nosotros, y se traza acciones y decisiones de conjunto. Un estadista es lo opuesto al dictador, no concibe el país de un solo hombre sino la acción de una minoría calificada que propone, proyecta y pone en marcha un esquema de país. No inaugura, consolida.

Juárez, el héroe de la patria.

Lo es sin duda, pero su vigencia no depende sólo de su heroísmo sino de la conjunción de inteligencia y valor personal. Es un héroe atípico porque su obstinación es un ejercicio de racionalidad. Su hazaña mayor es sentir posible y deseable la Reforma liberal y arriesgar la vida para lograrlo.

Juárez, el primer Presidente indígena.

Es, para ser algo más exactos, el primer Presidente de origen indígena, la persona que transforma la gran limitación social (condición étnica), en estímulo permanente. No fue un Presidente de los indígenas pero, internacionalmente impuso un criterio: si un indígena que aprende tarde a hablar español es un Presidente de la República extraordinario la condena fatal de los indígenas admite excepciones y por tanto es falsa.

Juárez, el hombre.

Visto muy de cerca y con un prejuicio tan marcado en su contra, Juárez resiste perfectamente. Sí, fue autoritario (¿podía evitar serlo en sus circunstancias?); sí, se enamoró del poder; sí, fue a la vez riguroso y rígido. Estas características no intervienen a la hora del juicio histórico: es alguien con errores manifiestos pero, además, es Benito Juárez, y el concepto Benito Juárez trasciende con amplitud sus limitaciones.

Juárez, el indio.

Lo fue de manera evidente; nunca dejó de serlo de manera evidente, no se "blanqueó". Se incorporó a otra realidad y se alejó de su origen, pero venció al imperio de Maximiliano a sabiendas él y todos los testigos de la época de que era un indio el vencedor del príncipe rubio y barbado.



Juárez sentado con la muerte y un coyote.

Cuadro de Francisco Toledo

Juárez, el liberal.

Juárez afirmó en una carta: "Es imposible moralmente hablando que la reacción triunfe". Lo notable de la afirmación no es únicamente su exactitud, sino el depositar el sentido del triunfo en la moral, en la ética que, desde su perspectiva, sólo puede provenir de la autonomía de los valores republicanos. Es liberal porque, en primer término, no lo mueve el infierno tan temido para dejar por eso de olvidarse en la condena del fuego eterno que le garantizaba su intransigencia.

Las Leyes de Reforma.

Fueron el ingreso formal del país a la atmósfera de la civilización irreversible. Un grupo intelectual y político de primer orden desafiaba a los representantes de Dios sobre la tierra y deja claro que no están desafiando a Dios. El distinguo parece muy retórico pero en la

época no se considera así, y por eso el país sigue siendo creyente pero las libertades se establecen en las leyes como preámbulo a su implantación en la realidad.

Estado laico.

Es al principio un conjuro, la necesidad de un país distinto formulada a través de leyes que parecían o eran incumplibles. Pronto se vuelve la representación formal del fin de la teocracia, y acto seguido, la suma de atmósferas cotidianas que si no afectan el tamaño de la desigualdad (el gran espacio religioso de lo inevitable de la extrema riqueza) sí generan las libertades individuales y crean los espacios de la tolerancia que son los primeros respiraderos de importancia de la modernidad.

Juárez, Presidente.

Palabras inevitables en la ficha de diccionario: admirable, prodigiosamente terco, autoritario (debió serlo en una etapa, debió dejar de serlo), doctrinario, inteligente, solemne (pocos no lo eran), capaz de grandes miradas de conjunto.

La Carroza de Juárez.

Un símbolo de la vida nómada de la República, un vehículo como una casa de seguridad de intransigencias y decisiones ideológicas, una muestra de lo que le pasa a los símbolos cuando se convierten en abstracciones sin contextos. ¿El final de la Carroza? Si no se quiere mencionar a la telenovela, ubíquese su triste fin en el corte de dibujos animados de 1973, el año del primer centenario de la muerte de Juárez. En el corto la Carroza sigue a Juárez como si fuera su poodle. Las carcajadas del público de la única función segregaron a la Carroza de la lista de símbolos.

Juárez austero, vivir en la justa medianía.

El aspecto de Juárez más alabado por los políticos y menos tomado en serio. Desde hace mucho, para la mayoría de los políticos la justa medianía ocurre en el espacio entre los ricos y los demasiado ricos. Para citar con una variante al *Profesor*: un político pobre es un juarista sincero.

Juárez y el racismo.

¿A quién otro se le ha aplicado en gran escala lo de "pinche indio"? Después de 1867 ser racista a costa de Juárez fue la estrategia predilecta de la derecha ansiosa de resucitar a Maximiliano.

Juárez glorificado.

El siglo XIX fue en América Latina el siglo de la religión de la patria. Sin la canonización laica a ningún héroe o caudillo se le tomaba en serio, y esto afecta también al siglo XX. Si no se glorifica a Juárez, se desdeñan los reflejos condicionados de la gran mayoría de su época. "Sí, persiguió a la Iglesia, pero además era un santo". Con la glorificación de Juárez los liberales inician su secularización del santoral, al amparo de la escritura de la Historia.

El Tratado McLaneOcampo.

¿Quién recuerda ahora los términos de este tratado? La derecha no, la izquierda nunca lo tomó en cuenta. Valdría la pena un debate a fondo sobre el tema.

Juárez demonizado.

La derecha y el clero cayeron en su propia trampa. Al demonizar a Juárez vulgarizaron la imagen del Infierno y no obtuvieron la gran convicción: "Juárez se quema a diario en las llamas del infierno. No se les ocurra rogar por él".

Juárez ateo o creyente laico.

¿Quién lo supo de cierto? A la distancia, Juárez parece un liberal cristiano capaz de afirmar lo siguiente: "Desearía que el protestantismo se mexicanizara conquistando a los indios; éstos necesitan una religión que los obligue a leer y no les obligue a gastar sus ahorros en cirios para los santos" (Citado en *Evolución política del pueblo mexicano*, de Justo Sierra).

Los homenajes cívicos a Juárez.

De tan inertes llevan mucho tiempo siendo calistenia de la memoria.

Juárez del PRI.

Lo han visto como un miembro sin credencial; con todo, es la figura que les ha impedido la derechización beata.

El Juárez de la izquierda.

Una figura de la formación escolar y estudiantil, un personaje relevante del tiempo prehistórico anterior a la Historia verdadera que surge con el socialismo, alguien que por mucho tiempo (sin estas palabras) se consideró propiedad del PRI. Ahora, esta distancia se nulifica porque si la izquierda no incorpora a Juárez se queda con los fantasmas del PCUS y la Tercera Internacional, de los que ya tampoco sabe nada.

El Juárez de la derecha.

La aparición en el mural de Rivera del personaje que le roba el espacio a Iturbide, Miramón y Carlos Cuauhtémoc Sánchez.

¿Desacralizar a Juárez?

Juárez ya no está sacralizado si alguna vez lo estuvo. Es una presencia viva porque así lo determina la realidad (que exige nuevas definiciones del laicismo) y sus enemigos que ni siquiera soportan las definiciones antiguas.

¿"Rescribir la historia reivindicando a Iturbide, Miramón, Díaz y acabar con los mitos de Juárez y las Leyes de Reforma que siguen dañando al país"? (Jesús Díaz Cid, líder del Yunque y consultor cultural del Vaticano)

Para que la frase del señor Díaz Cid tuviese sentido, debió pronunciarla en 1808. Luego ya era una pérdida de tiempo. Por lo menos, no quiso como el Secretario de Gobernación, Carlos Abascal, reconciliar literalmente a Madero y Victoriano Huerta.

"Han quitado una pluma a nuestro gallo" o el ideario juarista

Hoy estatua omnipresente, nombre de miles de calles, ciudades, rancherías y hasta de un danzón, Juárez es sobre todo como define Andrés Henestrosa "un hombre de acción y de pensamiento".

El Benemérito utiliza la pluma como instrumento civilizador, que con eficacia cumple la función didáctica y de servicio al ideario político.

Aquí algunos ejemplos de las ideas juaristas, con piezas de sorprendente actualidad.

*"Han quitado una pluma a nuestro gallo".

(Cuando las tropas liberales perdieron una importante batalla en Salamanca, Guanajuato, frente a las tropas conservadoras en 1858).

*"Me alegro que las muchachas bailen, lo que les hará más provecho que rezar y darse golpes de pecho".

*"La emisión de las ideas por la prensa debe ser tan libre, como es libre en el hombre la facultad de pensar".

*"Quisiera que se me juzgara no por mis dichos, sino por mis hechos. Mis dichos son hechos".

*"Nada con la fuerza: todo con el derecho y la razón; se conseguiría la práctica de este principio con sólo respetar el derecho ajeno".

*"De aquí nacieron las Leyes de Reforma, la nacionalización de los bienes de manos muertas, la libertad de cultos, la independencia absoluta de las potestades civil y espiritual, la secularización, por decirlo así, de la sociedad, cuya marcha estaba detenida por una bastarda alianza en que se profanaba el nombre de Dios y se ultrajaba la dignidad humana".

*"Republicanos de corazón, se conforman con vivir en una honrosa medianía, que aleja de ellos la tentación de meter mano en las arcas públicas, para improvisar una de esas vergonzosas fortunas, que la sociedad reprueba y que la sociedad siempre maldice".

*"La instrucción es la primera base de la prosperidad de un pueblo, a la vez que el medio más seguro de hacer imposible los abusos del poder".



Árbol genealógico de Benito Juárez y Margarita Maza. 1907

*"Un sistema democrático y eminentemente liberal, como el que nos rige, tiene por base esencial la observancia de la ley. Ni el capricho de un hombre solo, ni el interés de ciertas clases de la sociedad, forman su esencia. Bajo un principio noble y sagrado él otorga la más perfecta libertad, a la vez que reprime y castiga el libertinaje (...) Es por tanto evidente, que a nombre de la libertad jamás es lícito cometer el menor abuso".



Grabado de Leopoldo Méndez

*"El gobernante no es el hombre que goza y que se prepara un porvenir de dicha y de ventura; es, sí, el primero en el sufrimiento y en el trabajo, y la primera víctima que los opresores del pueblo tienen señalada para el sacrificio".

*"La democracia es el destino de la humanidad futura; la libertad, su indestructible arma; la perfección posible, el fin donde se dirige".

*"Que el enemigo nos venza o nos robe, si tal es nuestro destino; pero nosotros no debemos legalizar un atentado entregándose voluntariamente lo que nos exige por la fuerza. Si la Francia, los Estados Unidos o cualquiera otra nación se apodera de algún punto de nuestro territorio, y por nuestra debilidad no podemos desalojarlo de él, dejemos si quiera

vivo nuestro derecho para que las generaciones que nos sucedan lo recobren".

*"Todo lo que México no haga por sí mismo para ser libre, no debe esperar, ni conviene que espere que otros gobiernos u otras naciones hagan por él".

*"Siempre tuerce sus principios el que oscurece la verdad, para ocultar sus faltas en las tinieblas".

*"Como hijo del pueblo, nunca podría yo olvidar que mi único título es su voluntad, y que mi único fin debe ser siempre su mayor bien y prosperidad".

*"Los déspotas aborrecen la luz y la verdad".

*"Yo no reconozco otra fuente de poder más que la opinión pública".

*"México vive. Un pueblo no sucumbe al capricho del poderoso, si defiende la causa de la justicia, de la civilización y de la humanidad".

*"Los hombres no son nada; los principios lo son todo".

A propósito de la biografía de Don Benito Juárez, cuya lectura recomendamos, ponemos en conocimiento de ustedes, que la última semana de julio (del 23 al 31) se celebrará en Casa del Libro SEMANA DE LAS BIOGRAFIAS contando con la vida y obra de más de 400 personajes que por diversos hechos han destacado en la humanidad. Esta entidad cultural les enviara por nuestro medio una invitación especial y la lista de personajes que estarán de "visita" en esta librería.

4. OTRAS PRODUCCIONES BIBLIOGRAFICAS DEL MUNDO HISPANO HABLANTE

De acuerdo a las mediciones sobre los libros más vendidos que hacen algunas organizaciones en España y otros países hispano parlantes, siguen imponiéndose para el consumo de los lectores las novelas que tienen un matiz histórico.

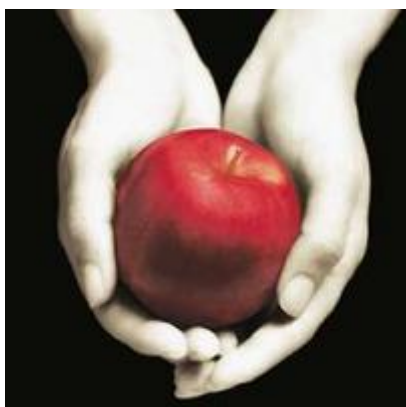
Continúa como obra preferente **LA SOMBRA DEL VIENTO** de la cual hablaríamos en nuestro **Correo del Libro** anterior. Escrita por Carlos Ruiz Zafon, de la misma se pueden encontrar mayores referencias en (www.planeta.com) o más específicamente <http://www.lasombradelviento.net>)

Dentro de los quince libros mas vendidos se encuentran las tres novelas de Dan Brown, "*Codigo Da Vinci*", "*Angeles y demonios*" y "*La conspiración*", y la novela de Ken Follen "*Los pilares de la tierra*", cuya trama es desarrollada a partir de la construcción de una catedral en la edad media.

Ocupa el sexto lugar "*La hermandad de la sabana santa*" de la escritora Julia Navarro, novela que tiene también como personaje central la catedral de Turín. Continúan en la misma lista diversas obras ya muy conocidas y editadas muchas de ellas hace muchos años, entre ellas: "*El señor de los anillos*", "*Harry Potter*", "*El medico*" (Nohan Gordon), y "*El nombre de la rosa*" (Umberto Eco).

Para finalizar esta lista hacemos mención a tres nuevas novelas, "*El ocho* de Catherine Neville, novela cuyo hilo conductor es una partida de ajedrez en la que participan diversos personajes históricos; "*El ultimo cajón*", de Matilde Assenci, y "*El ultimo Merovinjo*" de Jim Hougom", que trata de un agente de la CIA y su persecución por este mismo organismo.

En **TE RECOMIENDO UN LIBRO** seleccionamos esta vez la novela



Crepúsculo, un amor peligroso

de Stephenie Meyer

Ediciones Alfaguara

Un fragmento de esta novela lo encontraras en nuestra sección Un libro digitalizado para tu lectura.

Otros libros que te recomendamos y que si los pedís a Casa del Libro te los traen en menos de una semana son:

TODA LA NOCHE OYERON PASAR PAJAROS de CABALLERO BONALD, JOSE MANUEL EDITORIAL SEIX BARRAL, S.A.

HUMANISMO Y CRITICA DEMOCRATICA de SAID, EDWARD W. EDITORIAL DEBATE,

MUNDO ESCRITO Y MUNDO NO ESCRITO de CALVINO, ITALO EDICIONES SIRUELA, S.A.

INES DEL ALMA MIA de ALLENDE, ISABEL PLAZA & JANES EDITORES, S.A.

OLIVIA KIDNEY Y EL EDIFICIO ENCANTADO de POTTER, ELLEN RBA LIBROS, S.A.

5. PAGINAS WEB DONDE SE PUEDA BAJAR INFORMACIÓN SOBRE LIBROS Y EDITORIALES DE LATINOAMÉRICA Y ESPAÑA.

Además de las editoriales señaladas en el anterior correo del libro queremos recomendarte cinco editoriales adicionales las cuales estamos invitando que traigan sus muestras a Nicaragua y a través de un nuevo proceso de eliminación de intermediación las puedas adquirir a un precio como si las estuvieras comprando directamente a la editorial. Para ello es básico que nos demuestres tu interés particular en estos fondos, o en libros determinados.

Editorial Castalia : www.castalia.es

Ediciones Mundi-Prensa: www.mundiprensa.com

Trotta: www.trotta.es

Así mismo para ir propiciando lecturas especializadas para determinadas profesiones queremos recomendarle a los contadores el fondo editorial de Instituto Mexicano de Contadores Públicos: www.imcp.org.mx, y para los agrónomos www.agrolibro.com .

Para los abogados les recomendamos el fondo editorial anunciado en www.librarius.com.ar y para los educadores, nos permitimos sugerirles consulten las paginas webs, www.edicionesmaestro.com y , www.noveduc.com .

Les recordamos que para acceder a las obras darianas usted puede visitar el sitio www.cervantesvirtual.com

6. ACTIVIDADES EN TORNO AL MUNDO DEL LIBRO

Se estará presentando en **Casa del Libro** el día jueves 6 de julio a las 6:00 p.m. **CASCARAS DEL TIEMPO**, del poeta proletario Sebastián Ramos Narváez.

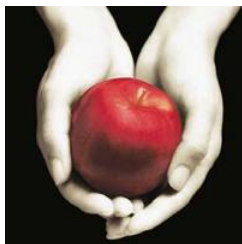
Se inicia en julio la primera semana del libro de las biografías, donde personajes tan diversos como Bonaparte, Mozart, Carlos V, Sandino, Confucio, Gandhi, y 400 personajes hombres y mujeres mas estarán visitando **Casa del libro**.

En este mismo mes se presentara el libro **Carlos Fonseca, obra fundamental**, recopilada por Aldo Díaz Lacayo en ocasión de los 70 años de su nacimiento y 30 de su muerte.

Una importante editorial traerá a Nicaragua una muestra de todos sus títulos y se dará inicio con ello a actividades similares. Esto con el ánimo de que los lectores Nicaragüenses puedan ver físicamente los libros, sopesarlos y encargarlos a precio de costo. Por esta misma vía avisaremos lugar y fecha de esta actividad.

A partir del 26 de julio da inicio en Guatemala FILCEN, Feria internacional de libro en Centroamérica, donde la cámara Nicaragüense del libro estará representada en un stand en tan importante evento.

7. LIBRO DIGITALIZADO PARA TU LECTURA.



'Crepúsculo, un amor peligroso',
de Stephenie Meyer.

Capítulo 1

Primer encuentro

MI MADRE ME LLEVÓ AL AEROPUERTO CON LAS VENTANILLAS DEL COCHE BAJADAS. En Phoenix, la temperatura era de veinticuatro grados y el cielo de un azul perfecto y despejado. Me había puesto mi blusa favorita, sin mangas y con cierres a presión blancos; la llevaba como gesto de despedida. Mi equipaje de mano era un anorak.

En la península de Olympic, al noroeste del Estado de Washington, existe un pueblecito llamado Forks cuyo cielo casi siempre permanece encapotado. En esta insignificante localidad llueve más que en cualquier otro lugar de los Estados

Unidos. Mi madre se escapó conmigo de aquel lugar y de sus tenebrosas y sempiternas sombras cuando yo apenas tenía unos meses. Me había visto obligada a pasar allí un mes cada verano hasta que por fin me impuse al cumplir los catorce años, por lo que, en vez de eso, los tres últimos años, Charlie, mi padre, había pasado sus dos semanas de vacaciones conmigo en California.

Y ahora me exiliaba a Forks, un acto que me aterraba, ya que detestaba el lugar.

Adoraba Phoenix. Me encantaba el Sol, el calor abrasador, y la vitalidad de una ciudad que se extendía en todas las direcciones.

—Bella —me dijo mamá por enésima vez antes de subir al avión—, no tienes por qué hacerlo.

Mi madre y yo nos parecemos mucho, salvo por el pelo corto y las arrugas de la risa. Tuve un ataque de pánico cuando contemplé sus ojos grandes e ingenuos. ¿Cómo podía permitir que se las arreglara sola, ella que era tan cariñosa, caprichosa y atolondrada? Ahora tenía a Phil, por supuesto, por lo que probablemente se pagarían las facturas, habría comida en el frigorífico y gasolina en el depósito del coche, y podría apelar a él cuando se encontrara perdida, pero aun así...

—Es que quiero ir —le mentí. Siempre se me ha dado muy mal eso de mentir, pero había dicho esa mentira con tanta frecuencia en los últimos meses que ahora casi sonaba convincente.

—Saluda a Charlie de mi parte —dijo con resignación.

—Sí, lo haré.

—Te veré pronto —insistió—. Puedes regresar a casa cuando quieras. Volveré tan pronto como me necesites.

Pero en sus ojos vi el sacrificio que le suponía esa promesa.

—No te preocupes por mí —le pedí—. Todo irá estupendamente. Te quiero, mamá.

Me abrazó con fuerza durante un minuto; luego, subí al avión y ella se marchó.

Para llegar a Forks tenía por delante un vuelo de cuatro horas de Phoenix a Seattle, y de allí a Port Angeles, una hora más en una avioneta, y otra más en coche. No me desagradaba volar, pero me preocupaba un poco pasar una hora en el coche con Charlie.

Lo cierto es que Charlie había llevado bastante bien todo aquello. Parecía realmente complacido de que por primera vez fuera a vivir con él de forma más o menos permanente. Ya me había matriculado en el instituto y me iba a ayudar a comprar un coche.

Pero estaba convencida de que iba a sentirme incómoda en su compañía. Ninguno de los dos éramos muy habladores que se diga, y, de todos modos, tampoco tenía

nada que decirle. Sabía que mi decisión lo hacía sentirse un poco confuso, ya que, al igual que mi madre, yo nunca había ocultado mi aversión hacia Forks.

Estaba lloviendo cuando el avión aterrizó en Port Angeles. No lo consideré un presagio, simplemente era inevitable. Ya me había despedido del Sol.

Charlie me esperaba en el coche patrulla, lo cual no me extrañó. Para las buenas gentes de Forks, Charlie es el jefe de Policía Swan. La principal razón de querer comprarme un coche, a pesar de lo escaso de mis ahorros, era que me negaba en redondo a que me llevara por todo el pueblo en un coche con luces rojas y azules en el techo. No hay nada que ralentice más la velocidad del tráfico que un poli.

Charlie me abrazó torpemente con un solo brazo cuando bajaba a trompicones la escalerilla del avión.

—Me alegro de verte, Bella —dijo con una sonrisa al mismo tiempo que me cogía y sostenía—. Apenas has cambiado. ¿Cómo está Renée?

—Mamá está bien. Yo también me alegro de verte, papá. —No le podía llamar Charlie a la cara.

Solo traía unas pocas maletas. La mayoría de mi ropa de Arizona era demasiado ligera para llevarla en Washington. Mi madre y yo habíamos hecho un fondo común con nuestros recursos para complementar mi vestuario de invierno, pero, a pesar de todo, era escaso. Todas cupieron fácilmente en el maletero del coche patrulla.

—He localizado un coche perfecto para ti, y muy barato —anunció una vez que nos abrochamos los cinturones de seguridad.

—¿Qué tipo de coche?

Desconfié de la manera en que había dicho «un coche perfecto para ti» en lugar de simplemente «un coche perfecto».

—Bueno, es un monovolumen, un Chevy para ser exactos.

—¿Dónde lo encontraste?

—¿Te acuerdas de Billy Black, el que vivía en La Push?

La Push es una pequeña reserva india situada en la costa.

—No.

—Solía venir de pesca con nosotros durante el verano —me recordó.

Por eso no me acordaba de él. Se me da bien olvidar los recuerdos dolorosos e innecesarios.

—Ahora está en una silla de ruedas —continuó Charlie cuando no respondí—, por lo que no puede conducir y me propuso venderme su camión por una ganga.

—¿De qué año es?

Por la forma en que le cambió la cara, supe que era la pregunta que no deseaba oír.

—Bueno, Billy ha realizado muchos arreglos en el motor. En realidad, tampoco tiene tantos años.

Esperaba que no me tuviera en tan poca estima como para creer que iba a dejar pasar el tema así como así.

—¿Cuándo lo compró?

—En 1984... Creo.

—¿Era nuevo cuando lo adquirió?

—En realidad, no. Creo que era nuevo a principios de los sesenta, o a lo mejor a finales de los cincuenta —confesó con timidez.

—Crist... Papá, no sé nada de coches. No podría arreglarlo si se estropeara y no me puedo permitir pagar un taller.

—Nada de eso, Bella, el trasto funciona a las mil maravillas. Hoy en día no los fabrican tan buenos.

El trasto, repetí en mi fuero interno. Al menos tenía posibilidades como apodo.

—¿Y qué entiendes por barato?

Después de todo, ése era el punto en el que no podía ceder.

—Bueno, cariño, ya te lo he comprado como regalo de bienvenida.

Charlie me miró de reojo con rostro expectante.

Vaya. Gratis.

—No tenías que hacerlo, papá. Iba a comprarme un coche.

—No me importa. Quiero que te encuentres a gusto aquí.

Charlie mantenía la vista fija en la carretera mientras hablaba. Se sentía incómodo al expresar sus emociones en voz alta. Yo lo había heredado de él, de ahí que también yo mirara hacia la carretera cuando le respondí:

—Es estupendo, papá. Gracias. Te lo agradezco de veras.

Resultaba innecesario añadir que era imposible estar a gusto en Forks, pero él no tenía por qué sufrir conmigo. Y a caballo regalado no le mires el diente, ni el motor.

—Bueno, de nada. Eres bienvenida —masculló, avergonzado por mis palabras de agradecimiento.

Intercambiamos unos pocos comentarios más sobre el tiempo, que era húmedo, y básicamente ésa fue toda la conversación. Miramos a través de las ventanas en silencio.

El paisaje era hermoso, por supuesto, no podía negarlo. Todo era de color verde: los árboles, los troncos cubiertos de musgo, el dosel de ramas que colgaban de los mismos, el suelo cubierto de helechos. Incluso el aire que se filtraba entre las hojas tenía un matiz de verdor.

Era demasiado verde, un planeta alienígena.

Finalmente llegamos al hogar de Charlie. Vivía en una casa pequeña de dos dormitorios que compró con mi madre durante los primeros días de su matrimonio. Ésos fueron los únicos días de su matrimonio, los primeros. Allí, aparcado en la calle delante de una casa que nunca cambiaba, estaba mi nuevo monovolumen, bueno, nuevo para mí. El vehículo era de un rojo desvaído, con guardabarros, grandes y redondos, y una cabina de aspecto bulboso. Para mi enorme sorpresa, me encantó. No sabía si funcionaría, pero podía imaginarme al volante. Además, era uno de esos modelos de hierro sólido que jamás sufren daños, la clase de coches que ves en un accidente de tráfico con la pintura intacta y rodeado de los trozos del coche extranjero que acaba de destrozar.

—¡Caramba, papá! ¡Me encanta! ¡Gracias!

Ahora, mañana sería un día bastante menos terrorífico. No me vería en la tesitura de elegir entre andar tres kilómetros bajo la lluvia hasta el instituto o dejar que el jefe de Policía me llevara en el coche patrulla.

—Me alegra que te guste —dijo Charlie con voz áspera, nuevamente avergonzado.

Subir todas mis cosas hasta el primer piso requirió un solo viaje escaleras arriba. Tenía el dormitorio de la cara oeste, el que daba al patio delantero. Conocía bien la habitación; había sido la mía desde que nació. El suelo de madera, las paredes pintadas de azul claro, el techo de cielo raso a dos aguas, las cortinas de encaje ya amarillentas flanqueando las ventanas... Todo aquello formaba parte de mi infancia. Los únicos cambios que había introducido Charlie se limitaban a sustituir la cuna por una cama y añadir un escritorio cuando crecí. Encima de éste había ahora un ordenador de segunda mano con el cable del módem fijado al suelo con grapas hasta la toma de teléfono más próxima. Mi madre lo había estipulado de ese modo para que estuviéramos en contacto con facilidad. La mecedora que tenía desde niña aún seguía en el rincón.

Sólo había un pequeño cuarto de baño en lo alto de las escaleras que debería de compartir con Charlie. Intenté no darle muchas vueltas al asunto.

Una de las cosas buenas que tiene Charlie es que no se queda revoloteando a tu alrededor. Me dejó sola para que desempacara mis cosas y me instalara, una hazaña que hubiera sido del todo imposible para mi madre. Resultaba estupendo estar sola, no tener que sonreír ni poner buena cara; fue un respiro que me permitió contemplar a través del cristal la cortina de lluvia con desaliento y derramar unas pocas lágrimas. No estaba de humor para una gran llantina. Eso podía esperar hasta que me acostara, para reflexionar sobre lo que me aguardaba al día siguiente.

El aterrador cómputo de estudiantes del instituto de Forks era de tan sólo trescientos cincuenta y siete, ahora trescientos cincuenta y ocho. Solamente en mi clase de tercer año en Phoenix había más de setecientos alumnos. Todos los jóvenes de por aquí se habían criado juntos y sus abuelos habían aprendido a andar juntos. Yo sería la chica nueva de la gran ciudad, una curiosidad, un bicho raro.

Tal vez podría utilizar eso a mi favor si tuviera el aspecto que se espera de una chica de Phoenix, pero físicamente no encajaba en modo alguno. Debería ser alta, rubia, de tez bronceada, una jugadora de voleibol o quizá una animadora, todas esas cosas propias de quienes viven en el valle del Sol.

Por el contrario, mi piel era blanca como el marfil a pesar de las muchas horas de sol de Arizona, sin tener siquiera la excusa de unos ojos azules o un pelo rojo. Siempre he sido delgada, pero más bien flojucha y, desde luego, no una atleta. Me faltaba la coordinación suficiente para practicar deportes sin hacer el ridículo o dañar a alguien, a mí misma o a cualquiera que estuviera demasiado cerca.

Después de colocar mi ropa en el viejo tocador de madera de pino, me llevé el neceser al cuarto de baño para asearme tras un día de viaje. Contemplé mi rostro en el espejo mientras me cepillaba el pelo enredado y húmedo. Tal vez se debiera a la luz, pero ya tenía un aspecto más cetrino y menos saludable. Puede que tenga una piel bonita, pero es muy clara, casi traslúcida, por lo que su aspecto depende del color del lugar y en Forks no había color alguno.

Mientras me enfrentaba a mi pálido reflejo en el espejo, tuve que admitir que me engañaba a mí misma. Jamás encajaría, y no sólo por mis carencias físicas. Si no me había hecho un huequecito en una escuela de tres mil alumnos, ¿qué posibilidades iba a tener aquí?

No sintonizaba bien con la gente de mi edad. Bueno, lo cierto es que no sintonizaba bien con la gente. Punto. Ni siquiera mi madre, la persona con quien mantenía mayor proximidad, estaba en armonía conmigo; no íbamos por el mismo carril. A veces me preguntaba si veía las cosas igual que el resto del mundo. Tal vez la cabeza no me funcionara como es debido.

Pero la causa no importaba, sólo contaba el efecto. Y mañana no sería más que el comienzo.

Aquella noche no dormí bien, ni siquiera cuando dejé de llorar. El siseo constante de la lluvia y el viento sobre el techo no aminoraba jamás, hasta convertirse en un ruido de fondo. Me tapé la cabeza con la vieja y descolorida colcha y luego añadí la

almohada, pero no conseguí conciliar el sueño antes de medianoche, cuando al fin la lluvia se convirtió en un fino sirimiri.

A la mañana siguiente, lo único que veía a través de la ventana era una densa niebla y sentí que la claustrofobia se apoderaba de mí. Aquí nunca se podía ver el cielo, parecía una jaula.

El desayuno con Charlie se desarrolló en silencio. Me deseó suerte en la escuela y le di las gracias, aun sabiendo que sus esperanzas eran vanas. La buena suerte solía esquivarme. Charlie se marchó primero, directo a la comisaría, que era su esposa y su familia. Examiné la cocina después de que se fuera, todavía sentada en una de las tres sillas, ninguna de ellas a juego, junto a la vieja mesa cuadrada de roble. La cocina era pequeña, con paneles oscuros en las paredes, armarios de amarillo chillón y un suelo de linóleo blanco. Nada había cambiado. Hace dieciocho años, mi madre había pintado los armarios con la esperanza de introducir un poco de luz solar en la casa. Había una hilera de fotos encima del pequeño hogar del cuarto de estar, colindante con la cocina y del tamaño de una caja de zapatos. La primera era de la boda de Charlie con mi madre en Las Vegas, y luego la que nos tomó a los tres una amable enfermera del hospital donde nací, seguida por una sucesión de mis fotografías escolares hasta el año pasado. Verlas me resultaba muy embarazoso. Tenía que convencer a Charlie de que las pusiera en otro sitio, al menos mientras yo viviera aquí.

Era imposible permanecer en aquella casa y no darse cuenta de que Charlie no se había repuesto de la marcha de mi madre. Eso me hizo sentirme incómoda.

No quería llegar demasiado pronto al instituto, pero no podía permanecer en la casa más tiempo, por lo que me puse el anorak, tan grueso que recordaba a uno de esos trajes empleados en caso de peligro biológico, y me encaminé hacia la llovizna.

Aún chispeaba, pero no lo bastante para que me calara mientras buscaba la llave de la casa, que siempre estaba escondida debajo del alero que había junto a la puerta, y cerrara. El crujido de mis botas de agua nuevas resultaba enervante. Añoraba el crujido habitual de la grava al andar. No pude detenerme a admirar de nuevo el vehículo, como deseaba, y me apresuré a escapar de la húmeda neblina que se arremolinaba sobre mi cabeza y se aferraba al pelo por debajo de la capucha.

Dentro del monovolumen estaba cómoda y a cubierto. Era obvio que Charlie o Billy debían de haberlo limpiado, pero la tapicería marrón de los asientos aún olía tenuemente a tabaco, gasolina y menta. El coche arrancó a la primera, con gran alivio por mi parte, aunque en medio de un gran estruendo y luego hizo mucho ruido mientras avanzaba al ralentí. Bueno, un monovolumen tan antiguo debía de tener algún defecto. La anticuada radio funcionaba, un añadido que no me esperaba.

No resultó difícil localizar el instituto pese a no haber estado antes. El edificio se hallaba, como casi todo lo demás en el pueblo, junto a la carretera. No resultaba obvio que fuera una escuela, sólo me detuve gracias el cartel que indicaba que se trataba del instituto de Forks. Se parecía a un conjunto de esas casas de intercambio en época de vacaciones construidas con ladrillos de color granate. Había tantos árboles y arbustos que a primera vista no podía verlo en su totalidad. ¿Dónde estaba

el ambiente de un instituto?, me pregunté con nostalgia. ¿Dónde estaban las alambradas y los detectores de metales?

Aparqué frente al primer edificio, encima de cuya entrada había un cartelito que rezaba «Oficina principal». No vi otros coches aparcados allí, por lo que estuve segura de que estaba en zona prohibida, pero decidí que iba a pedir indicaciones en lugar de dar vueltas bajo la lluvia como una tonta. De mala gana salí de la cabina calentita del monovolumen y recorrí un sendero de piedra flaqueado por setos oscuros. Respiré hondo antes de abrir la puerta.

En el interior había más luz y se estaba más caliente de lo que esperaba. La oficina era pequeña: una salita de espera con sillas plegables acolchadas, una basta alfombra con motas anaranjadas, noticias y premios pegados sin orden ni concierto en las paredes y un gran reloj que hacía tictac de forma ostensible. Las plantas crecían por doquier en sus macetas de plástico, por si no hubiera suficiente vegetación fuera.

Un mostrador alargado dividía la habitación en dos, con cestas metálicas llenas de papeles sobre la encimera y anuncios de colores chillones pegados en el frontal. Detrás del mostrador había tres escritorios. Una pelirroja regordeta con gafas se sentaba en uno de ellos. Vestía una camiseta de color púrpura que, de inmediato, me produjo la sensación de ir vestida con ropa demasiado elegante.

La mujer pelirroja alzó la vista.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Soy Isabella Swan —le informé, y de inmediato advertí en su mirada un atisbo de reconocimiento. Me esperaban. Sin duda, había sido el centro de los cotilleos. La hija de la caprichosa ex mujer del jefe de Policía al fin regresaba a casa.

—Por supuesto —dijo.

Rebuscó entre los documentos precariamente apilados hasta encontrar los que buscaba.

—Precisamente aquí tengo el horario de tus clases y un plano de la escuela.

Trajo varias cuartillas al mostrador para mostrármelas. Repasó todas mis clases y marcó el camino más idóneo para cada una en el plano; luego, me entregó el comprobante de asistencia para que lo firmara cada profesor y se lo devolviera al finalizar las clases. Me dedicó una sonrisa y, al igual que Charlie, me dijo que esperaba que me gustara Forks. Le devolví la sonrisa más convincente posible.

Los demás estudiantes comenzaban a llegar cuando regresé al monovolumen. Los seguí, me uní a la cola de coches y conduje hasta el otro lado de la escuela. Supuso un alivio comprobar que casi todos los vehículos tenían aún más años que el mío, ninguno era ostentoso. En Phoenix, vivía en uno de los pocos barrios pobres del distrito Paradise Valley. Era habitual ver un Mercedes nuevo o Porsche en el aparcamiento de los estudiantes. El mejor coche de los que allí había era un

flamante Volvo, y destacaba. Aún así, apagué el motor en cuanto aparqué en una plaza libre para que el estruendo no atrajera la atención de los demás sobre mí.

Examiné el plano en el monovolumen, intentando memorizarlo con la esperanza de no tener que andar consultándolo todo el día. Lo guardé todo en la mochila, me la eché al hombro y respiré hondo. Puedo hacerlo, me mentí sin mucha convicción. Nadie me va a morder. Al final, suspiré y salí del coche.

Mantuve la cara escondida bajo la capucha y anduve hasta la acera abarrotada de jóvenes. Observé con alivio que mi sencilla chaqueta negra no llamaba la atención.

Pasé una vez al lado de la cafetería. El edificio número tres resultaba fácil de localizar, ya que había un gran «3» pintado en negro sobre un fondo blanco con forma de cuadrado en la esquina del lado este. Noté que mi respiración se acercaba a hiperventilación al aproximarme la puerta. Para paliarla, contuve la respiración y entré detrás de dos personas que llevaban impermeables de estilo unisex.

El aula era pequeña. Los alumnos que me adelantaban se detenían en la entrada para colgar sus abrigos en unas perchas; había varias. Los imité. Se trataba de dos chicas, una rubia de tez clara como porcelana y otra chica, también pálida, de pelo castaño claro. Al menos, mi piel no sería nada excepcional aquí.

Entregué el comprobante al profesor, un hombre alto y calvo al que la placa que descansaba sobre su escritorio lo identificaba como Sr. Mason. Se quedó mirándome embobado al leer mi nombre, pero no me dedicó ninguna palabra de aliento, y yo, por supuesto, me puse colorada como un tomate. Pero al menos me envió a un pupitre vacío al fondo de la clase sin presentarme al resto de los compañeros. A éstos les resultaba difícil mirarme al estar sentada en la última fila, pero se las arreglaron para conseguirlo. Mantuve la vista clavada en la lista de lecturas que me había entregado el profesor. Era bastante básica: Brontë, Shakespeare, Chaucer, Faulkner. Los había leído a todos, lo cual era cómodo... y aburrido. Me pregunté si mi madre me enviaría la carpeta con los antiguos trabajos de clase o si creería que la estaba engañando. Recreé nuestra discusión mientras el profesor continuaba con su perorata.

Cuando sonó el zumbido casi nasal del timbre, un chico flacucho, con acné y pelo grasiento, se ladeó desde un pupitre al otro lado del pasillo para hablar conmigo.

—Tú eres Isabella Swan, ¿verdad?

Parecía demasiado amable, el típico miembro de un club de ajedrez.

—Bella —le corregí. En un radio de tres sillas, todos se volvieron para mirarme.

—¿Dónde tienes la siguiente clase? —preguntó.

Tuve que comprobarlo con el programa que tenía en la mochila.

—Eh, Historia, con Jefferson, en el edificio seis.

Mirase donde mirase, había ojos curiosos por doquier.

—Voy al edificio cuatro, podría mostrarte el camino. —Demasiado amable, sin duda—. Me llamo Eric —añadió.

Sonreí con timidez.

—Gracias.

Recogimos nuestros abrigos y nos adentramos en la lluvia, que caía con más fuerza. Hubiera jurado que varias personas nos seguían lo bastante cerca para escuchar a hurtadillas. Esperaba no estar volviéndome paranoica.

—Bueno, es muy distinto de Phoenix, ¿eh? —preguntó.

—Mucho.

—Allí no llueve mucho, ¿verdad?

—Tres o cuatro veces al año.

—Vaya, no me lo puedo ni imaginar.

—Hace mucho sol —le expliqué.

—No se te ve muy bronceada.

—Es la sangre albina de mi madre.

Me miró con aprehensión. Suspiré. No parecía que las nubes y el sentido del humor encajaran demasiado bien. Después de estar varios meses aquí, habría olvidado cómo emplear el sarcasmo.

Pasamos junto a la cafetería de camino hacia los edificios de la zona sur, cerca del gimnasio. Eric me acompañó hasta la puerta, aunque la podía identificar perfectamente.

—En fin, suerte —dijo cuando rocé la manivela—. Tal vez coincidamos en alguna otra clase.

Pareció esperanzado. Le dediqué una sonrisa que no comprometía a nada y entré.

El resto de la mañana transcurrió de forma similar. Mi profesor de Trigonometría, el señor Varner, a quien habría odiado de todos modos por la asignatura que enseñaba, fue el único que me obligó a permanecer delante de toda la clase para presentarme a mis compañeros. Balbuceé, me sonrojé y tropecé con mis propias botas al volver a mi pupitre.

Después de dos clases, empecé a reconocer varias caras en cada asignatura. Siempre había alguien con más coraje que los demás que se presentaba y me preguntaba si

me gustaba Forks. Procuré actuar con diplomacia, pero por lo general mentí mucho. Al menos, no necesité el plano.

Una chica se sentó a mi lado tanto en clase de Trigonometría como de Español, y me acompañó a la cafetería para almorzar. Era muy pequeña, varios centímetros por debajo de mi uno sesenta, pero casi alcanzaba mi estatura gracias a su oscura melena de rizos alborotados. No me acordaba de su nombre, por lo que me limité a sonreír mientras parloteaba sobre los profesores y las clases. No intenté comprenderlo todo.

Nos sentamos al final de una larga mesa con varias de sus amigas, a quienes me presentó. Se me olvidaron los nombres de todas en cuanto los pronunció. Parecían orgullosas por tener el coraje de hablar conmigo. El chico de la clase de Lengua y Literatura, Eric, me saludó desde el otro lado de la sala.

Y allí estaba, sentada en el comedor, intentando entablar conversación con siete desconocidas llenas de curiosidad, cuando los vi por primera vez.

Se sentaban en un rincón de la cafetería, en la otra punta de donde me encontraba. Eran cinco. No conversaban ni comían pese a que todos tenían delante una bandeja de comida. No me miraban de forma estúpida como casi todos los demás, por lo que no había peligro en que los estudiara sin temor a encontrarme con un par de ojos excesivamente interesados. Pero no fue eso lo que atrajo mi atención.

No se parecían lo más mínimo a ningún otro chico. De los tres, uno era fuerte, tan musculoso que parecía un verdadero levantador de pesas, y de pelo oscuro y rizado. Otro, más alto y delgado, era igualmente musculoso y tenía el pelo del color de la miel. El último era desgarrado, menos corpulento, y llevaba despeinado el pelo castaño dorado. Tenía un aspecto más juvenil que los otros dos, que podrían estar en la universidad o incluso ser profesores aquí en vez de estudiantes.

Las chicas eran dos polos opuestos. La más alta era escultural. Tenía una figura preciosa, del tipo que se ve en la portada del número dedicado a trajes de baño de la revista Sports Illustrated, y todas las chicas de alrededor perdían buena parte de su autoestima sólo por estar cerca. Tenía el pelo rubio, que le caía en cascada hasta la mitad de la espalda. La chica baja tenía aspecto de duendecillo de facciones finas, un fideo. Su pelo corto era rebelde, con cada punto señalando en una dirección, y de un negro intenso.

Aun así, todos se parecían muchísimo. Eran blancos como la cal, los estudiantes más pálidos de cuantos vivían en aquel pueblo sin Sol. Más pálida que yo, que soy albina. Todos tenían ojos muy oscuros, a pesar de la diferente gama de colores de los cabellos, y ojeras malvas, similar al morado de las moladuras. Era como si todos padecieran de insomnio o se estuvieran recuperando de una rotura de nariz, aunque sus narices, al igual que el resto de sus facciones, eran rectas, perfectas, simétricas.

Pero todo aquello no era el motivo por el que no conseguía apartar la mirada.

Continué mirándolos porque sus rostros, tan diferentes y tan similares al mismo tiempo, eran de una belleza inhumana y devastadora. Eran rostros como nunca esperas ver, excepto tal vez en las páginas retocadas de una revista de moda. O

pintadas por un artista antiguo como el rostro de un ángel. Resulta difícil decidir quién era más bello, tal vez la chica rubia perfecta o el joven de pelo castaño dorado.

Los cinco desviaban la mirada, unos de otros, del resto de los estudiantes, de cualquier cosa hasta donde pude colegir. La chica más pequeña se levantó con la bandeja —el refresco sin abrir, la manzana sin morder— mientras los miraba y se alejó con un trote grácil, veloz, propio de un corcel desbocado. Asombrada por sus pasos de ágil bailarina, la contemplé vaciar su bandeja y deslizarse por la puerta trasera a una velocidad superior a la que habría considerado posible. Miré rápidamente a los otros, que permanecían sentados, inmóviles.

—¿Quiénes son éstos? —pregunté a la chica de la clase de Español, cuyo nombre se me había olvidado.

Y de repente, mientras ella alzaba los ojos para ver a quiénes me refería, aunque probablemente ya lo supiera por la entonación de mi voz, el más delgado y de aspecto más juvenil, tal vez el más joven, me miró. Durante una fracción de segundo se fijó en mi vecina, entonces sus ojos oscuros se posaron sobre los míos.

Desvió la mirada rápidamente, aún más deprisa que yo, ruborizada de vergüenza. Su rostro no denotaba interés alguno en esa mirada furtiva, era como si, pese a haber decidido no reaccionar previamente, hubiera levantado los ojos en una involuntaria respuesta cuando mi compañera de mesa pronunció su nombre.

Avergonzada, la chica que estaba a mi lado se rió tontamente y fijó la vista en la mesa, igual que yo.

—Son Edward y Emmett Cullen, y Rosalie y Jasper Hale. La que se acaba de marchar se llama Alice Cullen; todos viven con el doctor Cullen y su esposa —me respondió con un hilo de voz.

Miré de soslayo al chico guapo, que ahora miraba su bandeja mientras desmigajaba una rosquilla con sus largos y níveos dedos. Movía la boca muy deprisa, sin abrir apenas sus labios perfectos. Los otros tres continuaron con la mirada perdida, y, aun así, creí que hablaba en voz baja con ellos.

¡Qué nombres tan raros y pasados de moda!, pensé. Era la clase de nombres que tenían nuestros abuelos, pero tal vez estuvieran de moda aquí, tal vez fueran los nombres propios de un pueblo pequeño. Entonces recordé que mi vecina se llamaba Jessica, un nombre perfectamente normal. Había dos chicas con ese nombre en mi clase de historia en Phoenix.

—Son... guapos.

Me costó encontrar un término mesurado.

—¡Ya te digo! —Jessica asintió mientras soltaba otra risita tonta—. Pero están juntos. Me refiero a Emmet y Rosalie, y Jasper y Alice, y viven juntos.

Su voz resonó con toda la conmoción y reprobación de un pueblo pequeño, pero, para ser sincera, he de confesar que aquello daría pie a grandes cotilleos incluso en Phoenix.

—¿Quiénes son los Cullen? —pregunté—. No parecen parientes...

—Claro que no. El doctor Cullen es muy joven, tendrá entre veinte y muchos y treinta y pocos. Todos son adoptados. Los Hale, los rubios, son hermanos gemelos, y los Cullen son su familia de acogida.

—Parecen un poco mayores para estar con una familia de acogida.

—Ahora sí, Jasper y Rosalie tienen dieciocho años, pero han vivido con la señora Cullen desde los ocho. Es su tía o algo parecido.

—Es muy generoso por parte de los Cullen cuidar de todos esos niños siendo tan jóvenes.

—Supongo que sí. —Admitió Jessica muy a su pesar. Me dio la impresión de que, por algún motivo, el médico y su mujer no le caían bien. Por las miradas que lanzaba en dirección a sus hijos adoptivos, supuse que eran celos, luego, como si con eso disminuyera la bondad del matrimonio, agregó—: Aunque tengo entendido que la señora Cullen no puede tener hijos.

Mientras manteníamos esta conversación, dirigía miradas furtivas una y otra vez hacia donde se sentaba aquella extraña familia. Continuaron mirando las paredes y no probaron bocado.

—¿Siempre han vivido en Forks? —pregunté. De ser así, seguro que los habría visto en alguna de mis visitas durante las vacaciones de verano.

—No —dijo en una voz que dio a entender que debía de ser obvio, incluso para una recién llegada como yo—. Se mudaron aquí hace dos años, vinieron desde algún lugar de Alaska.

Experimenté una punzada de compasión y alivio. Compasión porque, a pesar de su belleza, eran extranjeros y resulta evidente que no se les admitía. Alivio por no ser la única recién llegada y, desde luego, no la más interesante.

Uno de los Cullen, el más joven, levantó la vista mientras los estudiaba y nuestros ojos se encontraron, en esta ocasión con una manifiesta curiosidad. Cuando desvié la mirada, me pareció que en sus ojos brillaba una expectación insatisfecha.

—¿Quién es el chico de pelo cobrizo? —pregunté.

Lo miré de refilón. Seguía observándome, pero no con la boca abierta, a diferencia del resto de estudiantes. Su rostro reflejó una ligera contrariedad. Volví a desviar la vista.

—Se llama Edward. Es guapísimo, por supuesto, pero no pierdas el tiempo con él. No sale con nadie. Parece que ninguna de las chicas del instituto le parecen lo bastante guapas —dijo con desdén, en una muestra clara de despecho. Me pregunté cuándo la habría rechazado.

Me mordí el labio para ocultar una sonrisa. Entonces lo miré de nuevo. Había vuelto el rostro, pero me pareció ver estirada la piel de sus mejillas, como si también estuviera sonriendo.

Los cuatro abandonaron la mesa al mismo tiempo, escasos minutos después. Todos se movían con mucha elegancia, incluso el forzudo. Me desconcertó verlos. Él que respondía al nombre de Edward no me miró de nuevo.

Permanecí en la mesa con Jessica y sus amigas más tiempo del que me hubiera quedado de haber estado sola. No quería llegar tarde a mis clases el primer día. Una de mis nuevas amigas, que tuvo la consideración de recordarme que se llamaba Angela, tenía, como yo, clase de segundo de Biología a la hora siguiente. Nos dirigimos juntas al aula en silencio. También era tímida.

Nada más entrar en clase, Angela fue a sentarse a una mesa con dos sillas y un tablero de laboratorio con la parte superior de color negro, exactamente igual a las de Phoenix. Ya compartía la mesa con otro estudiante. De hecho, todas las mesas estaban ocupadas, salvo una. Reconocí a Edward Cullen, sentado cerca del pasillo central, junto a la única silla vacante, por lo poco común de su cabello.

Lo miré de forma furtiva mientras avanzaba por el pasillo para presentarme al profesor y que éste me firmara el comprobante de asistencia. Entonces, justo cuando yo pasaba, se puso rígido en la silla. Volvió a mirarme fijamente y nuestras miradas se encontraron. La expresión de su rostro era de lo más extraño, hostil, airada. Pasmada, aparté la vista y me sonrojé otra vez. Tropecé con un libro que había en el suelo y me tuve que aferrar al borde de una mesa. La chica que se sentaba en la misma soltó una risita.

Me había dado cuenta de que tenía unos ojos negros, negros como carbón.

El señor Banner me firmó el comprobante y me entregó un libro, ahorrándose toda esa tontería de la presentación. Supe que íbamos a caernos bien. Por supuesto, no le quedaba otro remedio que mandarme a la única silla vacante en el centro del aula. Mantuve la mirada fija en el suelo mientras iba a sentarme junto a él, ya que la hostilidad de su mirada aún me tenía aturdida.

No alcé la vista cuando deposité el libro sobre la mesa y me senté, pero lo vi cambiar de postura al mirar de reojo. Se inclinó en la dirección opuesta, sentándose al borde de la silla. Apartó el rostro como si algo apestara. Olí mi pelo con disimulo. Olía a fresas, el aroma de mi champú favorito. Me pareció un olor bastante inocente. Dejé caer mi pelo sobre el hombro derecho para crear una pantalla oscura entre nosotros e intenté prestar atención al profesor.

Por desgracia, la clase versó sobre la anatomía celular, un tema que ya había estudiado. De todos modos, tomé apuntes con cuidado, sin apartar la vista del cuaderno.

No me podía controlar y de vez en cuando echaba un vistazo a través del pelo al extraño chico que tenía al lado. Éste no relajó aquella postura envarada —sentado al borde de la silla, lo más lejos posible de mí— durante toda la clase. La mano izquierda, crispada en un puño, descansaba sobre el muslo. Se había arremangado la camisa hasta los codos. Debajo de su piel clara podía verle el antebrazo, sorprendentemente duro y musculoso. No era de complexión tan liviana como parecía al lado del más fornido de sus hermanos.

La clase parecía prolongarse mucho más que las otras. ¿Se debía a que las clases estaban a punto de acabar o porque esperaba a que abriera el puño que cerraba con tanta fuerza? No lo abrió. Continuó sentado, tan inmóvil que parecía no respirar. ¿Qué le pasaba? ¿Se comportaba de esa forma habitualmente? Cuestioné mi opinión sobre la acritud de Jessica durante el almuerzo. Quizá no era tan resentida como había pensado.

No podía tener nada que ver conmigo. No me conocía de nada.

Me atreví a mirarle a hurtadillas una vez más y lo lamenté. Me estaba mirando otra vez con esos ojos negros suyos llenos de repugnancia. Mientras me apartaba de él, una frase, «Si las miradas matasen...», cruzó por mi mente.

El timbre sonó en ese momento. Yo di un salto al oírlo y Edward Cullen abandonó su asiento. Se levantó con garbo de espaldas a mí —era mucho más alto de lo que pensaba— y cruzó la puerta del aula antes de que nadie se hubiera levantado de su silla.

Me quedé petrificada en la silla, contemplando con la mirada perdida cómo se iba. Era realmente mezquino. No había derecho. Empecé a recoger los bártulos muy despacio mientras intentaba reprimir la ira que me embargaba, con miedo a que se me llenaran los ojos de lágrimas. Solía llorar cuando me enfadaba, una costumbre humillante.

—Eres Isabella Swan, ¿no? —me preguntó una voz masculina.

Al alzar la vista me encontré con un chico guapo, de rostro aniñado y el pelo rubio en punta cuidadosamente arreglado con gel. Me dirigió una sonrisa amable. Obviamente, no parecía creer que yo oliera mal.

—Bella —le corregí, con una sonrisa.

—Me llamo Mike.

—Hola, Mike.

—¿Necesitas que te ayude a encontrar la siguiente clase?

—Voy al gimnasio, y creo que lo puedo encontrar.

—También mi siguiente clase.

Parecía emocionado, aunque no era una gran coincidencia en una escuela tan pequeña.

Anduvimos juntos a clase. Hablaba por los codos e hizo el gasto de casi toda la conversación, lo cual fue un alivio. Había vivido en California hasta los diez años, por eso entendía cómo me sentía ante la ausencia del Sol. Resultó ser la persona más agradable que había conocido aquel día.

Pero cuando íbamos a entrar al gimnasio me preguntó:

—Oye, ¿le clavaste un lápiz a Edward Cullen, o qué? Jamás lo había visto comportarse de ese modo.

Tierra, trágame, pensé. Al menos no era la única persona que lo había notado y, al parecer, aquél no era el comportamiento habitual de Edward Cullen. Decidí hacerme la tonta.

—¿Te refieres al chico que se sentaba a mi lado en Biología? —pregunté sin malicia.

—Sí —respondió—. Tenía cara de dolor o algo parecido.

—No lo sé —le respondí—. No he hablado con él.

—Es un tipo raro. —Mike se demoró a mi lado en lugar de dirigirse al vestuario—. Si hubiera tenido la suerte de sentarme a tu lado, yo sí hubiera hablado contigo.

Le sonreí antes de cruzar la puerta del vestuario de las chicas. Era amable y estaba claramente interesado, pero eso no bastó para disminuir mi enfado.

El entrenador Clapp, el profesor de Educación física, me consiguió un uniforme, pero no me obligó a vestirlo para la clase de aquel día. En Phoenix, solo teníamos que asistir dos años a Educación física. Aquí era una asignatura obligatoria los cuatro años. Forks era mi infierno personal en la tierra en el más literal de los sentidos.

Contemplé los cuatro partidillos de voleibol que se jugaban de forma simultánea. Me dieron náuseas al verlos y recordar los muchos golpes que había provocado, y recibido, cuando jugaba al voleibol.

Al fin sonó la campana que indicaba el final de las clases. Me dirigí lentamente a la oficina para entregar el comprobante con las firmas. Había dejado de llover, pero el viento era más frío y soplaba con fuerza. Me envolví con los brazos para protegerme.

Estuve a punto de dar media vuelta e irme cuando entré en la cálida oficina.

Edward Cullen se encontraba de pie, en frente del escritorio. Lo reconocí de nuevo por el desgredado pelo castaño dorado. Al parecer, no me había oído entrar. Me apoyé contra la pared del fondo, a la espera de que la recepcionista pudiera atenderme.

Estaba discutiendo con ella con voz profunda y agradable. Intentaba cambiar la clase de Biología de la sexta hora a otra hora, a cualquier otra.

No me podía creer que eso fuera por mi causa. Debía de ser otra cosa, algo que había sucedido antes de que yo entrara en el laboratorio de Biología. El causante de su aspecto contrariado debía de ser otro lío totalmente diferente. Era imposible que aquel desconocido sintiera una aversión tan intensa y repentina hacia mí.

La puerta se abrió de nuevo y una repentina corriente de viento helado hizo susurrar los papeles que había sobre la mesa y me alborotó los cabellos sobre la cara. La recién llegada se limitó a andar hasta el escritorio, depositó una nota sobre el cesto de papeles y salió, pero Edward Cullen se envaró y se giró —su agraciado rostro parecía ridículo— para traspasarme con sus penetrantes ojos llenos de odio. Durante un instante sentí un estremecimiento de verdadero pánico, hasta se me erizó el vello de los brazos. La mirada no duró más de un segundo, pero me heló la sangre en las venas más que el gélido viento. Se giró hacia la recepcionista y de forma apresurada dijo con voz aterciopelada:

—Bueno, no importa. Ya veo que es imposible. Muchas gracias por su ayuda.

Giró sobre sí mismo sin mirarme y desapareció por la puerta.

Me dirigí con timidez hacia el escritorio —por una vez con el rostro lívido en lugar de colorado— y le entregué el comprobante de asistencia con todas las firmas.

—¿Cómo te ha ido el primer día, cielo? —me preguntó de forma maternal.

—Bien —mentí con voz débil.

No pareció muy convencida.

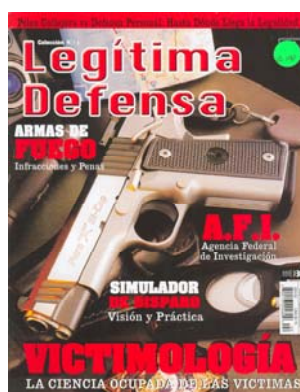
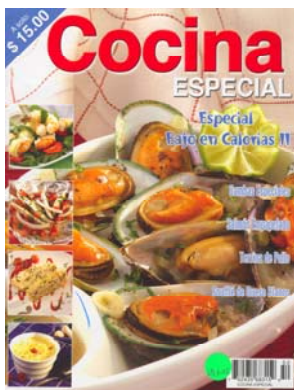
Era casi el último coche que quedaba en el aparcamiento cuando entré en el monovolumen. Me pareció un refugio, el lugar más acogedor de aquel horrendo y húmedo agujero. Permanecí varios minutos sentada mirando por el parabrisas con la mirada ausente, pero pronto tuve tanto frío que necesité encender la calefacción. Arranqué y el motor rugió. Me dirigí de vuelta a la casa de Charlie, y traté de no llorar durante todo el camino.

9. CURIOSIDADES BIBLIOGRAFICAS U OTRAS INFORMACIONES SOBRE LIBROS.



Ha llegado a Casa del Libro una gran variedad de revistas para todas las edades e intereses, tales como gastronomía, diseño de interiores, informática, entretenimiento, moda, etc., etc., etc. (mas de 500 títulos diversos) y si usted tiene interés en una suscripción en alguna Casa del Libro se compromete a proveerle de la misma al mismo precio que usted lo adquiriría en el país donde son editadas.

Su sus necesidades no son encontradas dentro de esta amplia gama de ofertas háganle saber a **Casa del libro** que tipo de revistas o publicaciones regulares quiere y ellos manifiestan se comprometen a traérselas en un breve plazo, no importa si la temática es de la mas rara o especializada.





El doctor Patrick S. Werner profesor emérito de leyes e historia de la Universidad Ave Maria Collage of the Ameritas, San Marcos Nicaragua, producto de una rigurosa investigación ha elaborado una guía acerca de **Las Leyes de las Indias**, la cual se encuentra en forma de cd y con diversas aplicaciones. Quien tenga interés en ello favor comunicarse en dicha universidad con el Doctor Warner o bien solicitarla a **Casa del Libro**.



ANIDE, Asociación de escritoras Nicaragüenses, publico la edición numero 11 de su revista, la cual trae una amplia selección de artículos literarios escritos por mujeres. Esta revista esta considerada por algunos especialistas como la mejor revista literaria de Nicaragua.

Presentamos a continuación una imagen de la portada de dicha revista así como algunos títulos de libros escritos por mujeres nicaragüenses.

